

La Revolución industrial

La industria del hilado y tejido de fibras vegetales se remonta a tal antigüedad, que si no es contemporánea de la aparición del hombre en la Tierra, por lo menos debió empezarse a practicarla cuando apareció en la raza humana el instinto de asociación.

La demostración más clara del aboleo de la rueca, es la ignorancia en que estamos de quien tuvo la envidiable gloria de inventarla: ni aun el país donde apareció primero se conoce, pues en los tiempos prehistóricos la vemos en uso simultáneamente en pueblos del Asia, y aquí en América, donde el contacto de las razas transoceánicas con el de las asiáticas se cortó en siglos tan remotos que de ellos no queda memoria alguna, encontraron los europeos, no sólo en práctica el hilado y tejido del algodón y la pita, sino en cierto período de perfección notable tan útil industria.

Sin embargo de su antigüedad, permaneció estacionaria en su sistema de procedimiento, y sin apartarse de la rueca y del huso, durante varios miles de años, llegó al siglo XVIII sin merecer, en verdad, el nombre de industria. A partir de esta fecha, empezaron el hilado y tejido a practicarse por medios mecánicos, y desde entonces una verdadera fiebre por inventar y perfeccionar aparatos para ello, invadió a todos, llenándose la historia de este arte con nombres tan ilustres como los de Arkwright, Hargreaves, Saladin, Roberts, Vimont y otros. Para comprender la suma de estudios y experimentos que estos genios de la mecánica hubieron de hacer, basta

comparar el movimiento que tendría el huso entre los dedos de nuestros abuelos con la espantosa velocidad de diez mil vueltas por minuto aplicada en Inglaterra a las máquinas hiladoras de algodón, por los años ya de 1883.

México no podía quedarse atrás en este progreso de la industria, y así se vio que una tras otra, se levantaron entre nosotros más de cien fábricas de tejidos, provistas de los últimos aparatos inventados; y de ellas vamos a escoger las más importantes de las que radican en el Distrito Federal para hacer una pequeña descripción de cada una.

SAN ANTONIO ABAD. — Fábrica de hilados, tejidos y estampados

En el grandioso edificio que fue convento de San Antonio Abad, situado en la calzada del mismo nombre, célebre en la historia de México porque por ella hizo su entrada el conquistador Hernán Cortés a la capital azteca, cuando el asalto de la misma, se encuentra instalada, desde el año 1882, la gran fábrica de hilados, tejidos y estampados de San Antonio, propiedad de la Compañía Industrial San Antonio Abad y Anexas.

Fue fundada por el caballero español D. Manuel Ibáñez, en aquella fecha, y de él pasó a poder de los Sres. Íñigo y Remigio Moriega, en 1885, que la tuvieron en propiedad exclusiva hasta el año 1892, durante el cual se formó la Compañía Industrial mencionada, para dar con mayores elementos materiales impulso a los trabajos y hacer de dicha fábrica la primera en su género del Distrito Federal y la segunda de la República.

Es una vasta construcción que ocupa doce mil metros cuadrados de terreno de los treinta y siete mil que allí posee la Compañía, dividida en tres grandes y principales departamentos: el de tejidos y preparación de materia prima, el de estampados y el de almacenes.

Una gran puerta en la calle de San Antonio Abad, da entrada a una extensa y sombría avenida de viejos fresnos, que corre paralela a los imponentes edificios de la fábrica. El departamento en que vamos a penetrar y donde están encerrados los complicados mecanismos para el hilado y tejido, abarca una área de 7,500 metros cuadrados y comprende los motores alimentados por seis calderas que desarrollan novecientos caballos de vapor (*horse powers*), cuarenta cardas para el algodón, 350 telares y 12,220 husos o brocas de moderno sistema, con el número correspondiente de batientes, abridores, estrechadores, veloces, etc.

Pero todas estas instalaciones no se hallan mezcladas ni en desorden como acabamos de nombrarlas sino que ocupan cada una la galería respectiva de las cinco en que está dividido aquel inmenso departamento.

Los aparatos mencionados son todos modernos y ostentan la marca de los más acreditados talleres de Inglaterra y Alemania, verificando un trabajo asombrosamente rápido, del que pueden dar idea los 436,428 kilogramos de hilo elaborado en el año 1897 y las 240,000 piezas de manta que fabrican anualmente. Fácil es comprender por estos números que razón tenemos de colocar en lugar primero la fábrica de San Antonio, entre las ubicadas en el Distrito Federal, de las que nos ocupamos en el presente

volumen, pues ninguna otra alcanza tan enorme producción como la que acabamos de mencionar.

En otro departamento se instalaron las máquinas de estampado movidas por un motor especial de cien caballos de fuerza, cuyo trabajo produce 400 mil piezas de percal estampado en un año, imprimiéndose las telas por medio de cilindros de cobre en los que se graban los dibujos.

Por último: dos dinamos producen fuerza eléctrica suficiente para alumbrar la fábrica con 45 lámparas de arco voltaico de 1,200 bujías cada una y 60 de luz incandescente.

El departamento de almacenes es vastísimo y allí se ven muestras de todos los productos de la fábrica en percales de variadísimos colores, pero generalmente chillones y de poco gusto.

En honor de la verdad, debemos decir que si la fábrica de San Antonio Abad progresó rápidamente cuando era propiedad exclusiva de los Sres. Noriega, al pasar a la de una sociedad anónima, y aumentarse su capital, aumentaron también, como es lógico, sus productos; pero no perfeccionó las clases del artículo, que en realidad, y según personas inteligentes en la materia, no pueden competir con los tejidos y estampados de otras fábricas más modestas, pero que son administradas por sus inteligentes propietarios y no por fastuosas juntas directivas.

Si la que rige en la actualidad los destinos de la Compañía Industrial San Antonio se preocupara con conocimientos técnicos de la marcha del establecimiento que administra, seguros estamos que las producciones de aquélla no sólo competirían ventajosamente con los artículos similares del país, sino que podrían substituir en México a muchos del extranjero, especialmente a ciertos percales pintados.

La fábrica San Antonio Abad tiene a su frente como administrador un ingeniero hábil y sabio cuya iniciativa sería suficiente para alcanzar la perfección que deseamos ver en sus elaboraciones, pero la cual ha de estrellarse sin duda contra los trámites pedantescos de una junta de capitalistas que, como sucede generalmente, no conocerán de la industria que dirigen otra cosa más que el nombre.

No obstante lo que dejamos dicho, las fábricas de la importancia de ésta son la esperanza de México para el porvenir, y estamos seguros que en un plazo relativamente corto, han de cerrar los mercados del país a la producción extranjera.

LA FAMA MONTAÑESA. — Fábrica de hilados y tejidos. Propietario: D. RICARDO SÁINZ

Por los ferrocarriles a vapor del Distrito Federal se llega en una hora escasa de viaje, desde México al pintoresco pueblo de Tlalpan, a orillas del cual se encuentra situada esta hermosa fábrica, que por más de un concepto puede considerársela de las mejores en la República.

Se asciende por suave pendiente hasta la fábrica, y en aquella altura puede recorrerse con la vista el territorio del Distrito, alcanzando a distinguir muy bien la gran capital mexicana; distante de allí diez y seis kilómetros.

El paisaje es hermosísimo: lo agreste de aquellos enormes depósitos de rocas volcánicas que se encuentran al Poniente del valle y forman el Pedregal, contrasta con grandes campos de maíz y largas filas de magueyes. Verdes praderas en las que pacen numerosos ganados, están interrumpidas a trechos por charcos y lagunas que reflejan los rayos del sol y son residuos que el lago Xochimilco va dejando en su lenta retirada. Frondosas arboledas sombrean los caminos, y alegres pueblecillos y risueñas casas de campo, por doquier revelan la presencia y habitación del hombre en el sin par valle de México.

Si el visitante de la fábrica es poeta, se olvida de penetrar en ella, absorto en la contemplación de aquel cielo purísimo, de aquellas fértiles llanuras y de aquellas azules montañas que cierran el horizonte, henchidas de recuerdos y llenas de ruinas, entre las que tal vez blanquean los huesos de dos razas heroicas que en ellas sostuvieron sus titánicas luchas. Pero una vez adentro de aquel templo del trabajo, entre centenares de máquinas y millares de correas de transmisión; en medio del ensordecedor estruendo de engranajes, de escapes de vapor, de cilindros aplastadores; rodeado por todas partes de vertiginosos movimientos y de blancuras que deslumbran, como el algodón en los husos y los lienzos en los telares... entonces olvida

su admiración por la naturaleza y se llena de asombro ante las prodigiosas creaciones del cerebro humano.

Una colosal rueda hidráulica de veintidós metros de diámetro, imprime movimiento a todo aquel maremágnum de ruedas y cilindros, ayudada por dos generadoras de vapor que alimentan un motor de 150 caballos de fuerza. Desde el salón de mezclas hasta que el algodón, ya en mecha continua, llega al hilado propiamente dicho, pasa por maravillosos aparatos donde se abre y sufre el batido, transformándose en napas de blancura inmaculada, corriendo de una máquina a otra, ya por telas sin fin y ya por tubos atmosféricos que lo arrastran despojándolo al mismo tiempo de todas las impurezas y cuerpos extraños. Los batidores y las cardas sistema *Plat* son las empleadas en esta parte de preparación de la materia prima, y para el hilado de los distintos números, emplea los husos modernos continuos, poseyendo 22 máquinas con 7,500 brocas, que pueden producir en una semana de sesenta horas 12,500 kilogramos de hilaza. Practicado el canillaje por el sistema moderno, pasa el algodón hilado a los salones de tejido, donde 360 máquinas de última invención funcionan diariamente produciendo 500 piezas de lienzo o manta de 27 metros cada una o sean 13,500 metros de tela en un día.

Además de los dos grandes salones de hilado y tejido y del de mezclas y primeras manipulaciones, tiene otros departamentos la fábrica, como aquellos donde se hallan instalados el gasómetro, los talleres mecánicos, la carpintería, la herrería, el empaque y almacenes, locales todo amplios y dispuestos en orden y con aseo que honra a los empleados del

establecimiento. Ocupa diariamente 300 operarios, por lo que se comprende que su propietario el Sr. Sáinz sea considerado como la Providencia de Tlalpan, no sólo porque con su industria sostiene tan importante número de familias, sino también por su caridad y afable trato para ellas, llegando su filantropía a haber fundado y sostener dos escuelas de niños en aquel lugar, y una banda de música con academia diaria, así como un médico y un bien surtido botiquín.

La fábrica toda ocupa un ancho perímetro de 3,800 metros cuadrados, incluido el ocupado por las habitaciones particulares de su propietario. El edificio, de esbelta arquitectura, es de ladrillo en su mayor parte y está rodeado por una explanada que cierra un alto muro, la cual abarca 25,000 metros cuadrados de terreno. Frondosos árboles y hermosos jardines embellecen el recinto, y de este modo hizo el Sr. Sáinz, a la vez que un establecimiento industrial, una preciosa casa de campo donde pasa el tiempo que sus negocios de la capital le dejan libre.

Mucho pudiéramos añadir a lo dicho de La Fama Montañesa si el espacio no nos faltara, y aprovecharemos el que nos resta para enviar un aplauso modesto, pero sincero, al caballero español D. Ricardo Sáinz, cuya inteligencia, iniciativa y labor son dignas de encomio y contribuyen poderosamente al desarrollo industrial de este hermoso suelo mexicano.